El reflejo del Gorbea

Me desperté sobresaltado. El aire frío del Gorbea me envolvía, y un silencio extraño dominaba el paisaje. Parpadeé varias veces, tratando de reconocer mi entorno. Recordaba haber subido al monte con mi cuadrilla ayer, pero algo no encajaba. No había rastro de ellos, y el paisaje era… diferente.

Me puse en pie y miré a mi alrededor. El hayedo que solía extenderse majestuoso en las laderas estaba seco; las hojas no alfombraban el suelo, sino que se deshacían en ceniza bajo mis botas. El aire tenía un olor denso, químico, como si algo hubiera ardido mucho tiempo atrás. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Caminé hasta el arroyo Baias, donde siempre nos refrescábamos tras la caminata. El agua, antes cristalina, bajaba turbia, espesa, de un color oscuro que me revolvió el estómago. Levanté la vista, buscando la icónica cruz, pero lo que vi me dejó sin aliento: la estructura estaba oxidada y vencida, como si el tiempo la hubiese abandonado a su suerte.

Fue entonces cuando la vi. La niebla.

No era la bruma densa y cambiante que a veces envolvía la cumbre, esa que ocultaba el paisaje solo para desvelarlo de nuevo en un instante. No. Esta niebla era distinta. Estática, pesada. No flotaba. Reptaba por el suelo, enroscándose a mi alrededor como si tuviera vida propia.

Retrocedí un paso, pero entonces, entre la bruma, algo brilló.

Una estructura metálica emergía de la tierra. No la recordaba. Me acerqué con cuidado y descubrí que era un cristal gigante, una superficie pulida que reflejaba el paisaje… aunque algo no cuadraba. En la imagen reflejada, el Gorbea seguía vivo. Los bosques estaban intactos, las hayas y los robles alzaban sus ramas al cielo, y

rebaños de ovejas lachas pastaban en la hierba fresca. Tragando saliva, alargué la mano y toqué la superficie helada.

Una punzada recorrió mi cuerpo, y el reflejo cambió. Me vi a mí mismo… pero no era yo. O sí, pero más mayor. La piel endurecida por el tiempo, el pelo surcado de canas, cicatrices en mis manos que no recordaba haberme hecho. Un vértigo me sacudió. ¿Cuántos años habían pasado? ¿Qué había sucedido?

Retrocedí, respirando con dificultad. Mi mente trataba de encontrar respuestas, pero solo hallaba preguntas. Busqué mi teléfono; no funcionaba. Grité los nombres de mis amigos, pero solo el eco me respondió. La niebla siguió avanzando, silenciosa, devorando el paisaje.

Cerré los ojos con fuerza. ¨Despierta¨, me dije. ¨Despierta¨.

Un golpe de viento helado me estremeció. Cuando volví a abrir los ojos, la niebla había desaparecido. El Gorbea estaba como lo recordaba: verde, vivo, intacto. La cruz seguía erguida en la cima, los bosques susurraban con el viento y el Baias descendía puro y cristalino. Unos metros más allá, mis amigos reían mientras preparaban el hamaiketako con pan y queso Idiazabal.

Mi corazón latía con fuerza. ¿Un sueño? ¿O una advertencia?

Respiré hondo. Aún estábamos a tiempo.